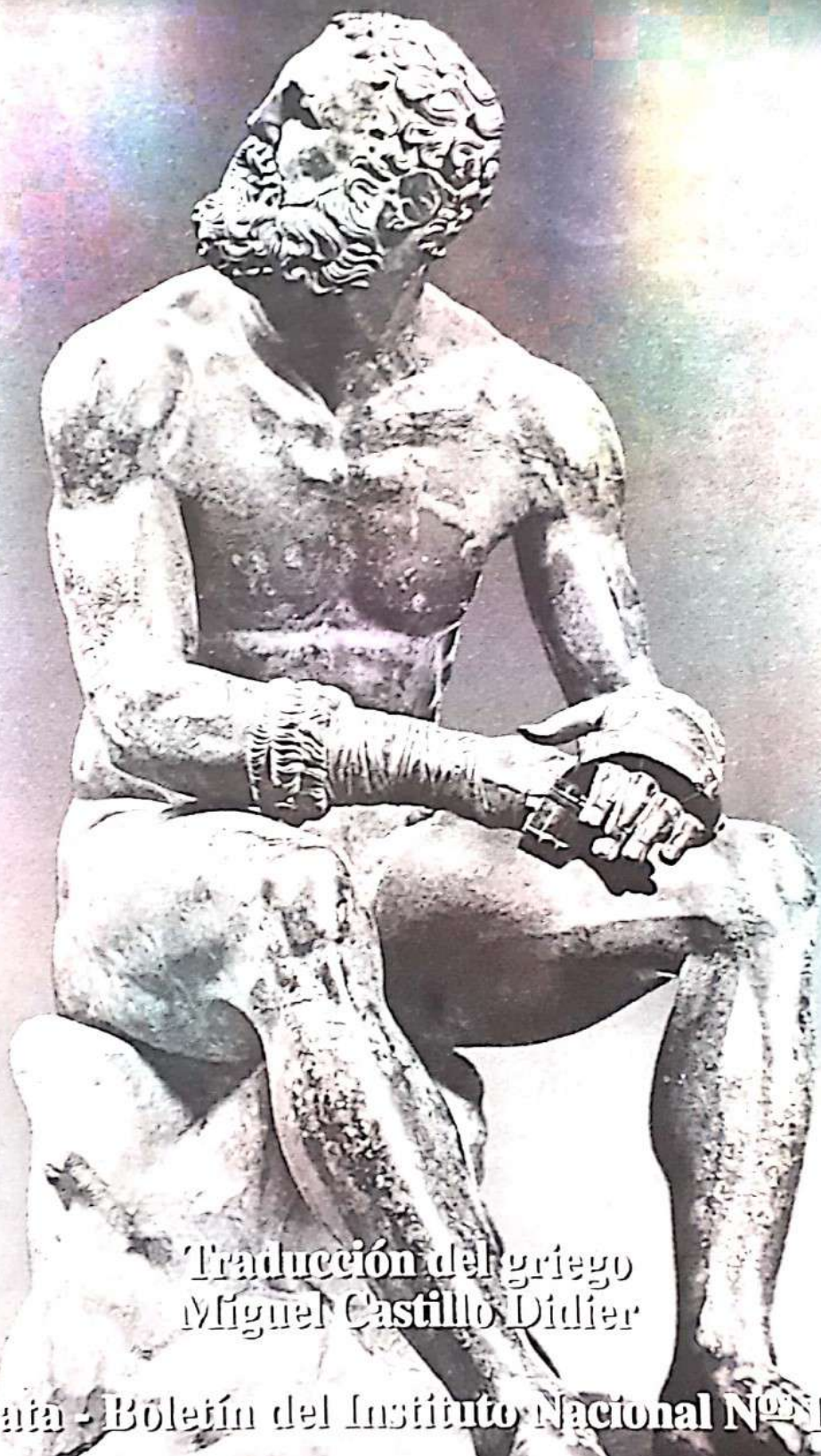


Nikos Kazantzakis
Prometeo Encadenado



Traducción del griego
Miguel Castillo Didier

Separata - Boletín del Instituto Nacional Nº 16 - 19

Nikos Kazantzakis



Aguada de L'Amour Junio de 2000

Entregamos a nuestros lectores la tragedia *Prometeo Encadenado*, segunda parte de la trilogía *Prometeo*, cuyos tema y título nos recuerdan la obra del gran poeta trágico de la Antigua Grecia: Esquilo. Gracias a la gentileza del profesor Miguel Castillo Didier, ofrecemos el segundo drama de esta primicia en lengua hispánica, ampliando la difusión del poeta Nikos Kazantzakis, autor de *Zorba el Griego* y *La Última Tentación de Cristo*, historias conocidas a través del cine.



Teatro Dionisio

PERSONAJES

PROMETEO	CORO DE VARONES
PANDORA	CORO DE MUJERES
ATENEA	UN JOVEN
EPIMETEO	UNA NIÑA
PAN Y SUS HIJOS	UN HOMBRE
FUROR	ALDEANA
FUERZA	UN VARÓN
OCEÁNIDES I, II, III	UN ANCIANO

ACTO PRIMERO

(Amanece. En lo alto del cielo sin nubes canta la alondra. Una meseta. Sementeras verdes; en torno, montañas; más arriba la cima nevada del Cáucaso. Al fondo, unas cabañas dispersas en los faldeos del monte. Al frente, en el medio, un altar ciclópeo de la diosa Fuego. Unos efebos cargan leña y la apilan a los pies del ara. Prometeo, de pie ante el altar, mira hacia la cumbre, como si estuviera escuchando. Su barba y sus cabellos se han vuelto ahora grises.)

PROMETEO.- ¡Mi pecho se colmó de alas; enhiesto se alzó el pecho y espera!
En la línea del cielo, lo percibo, hoy va a aparecer el buitre implacable. Dos alas me rodeaban en mi sueño, esta noche, y ocho grandes garras y un pico que destilaba sangre negra.
Te doy gracias, Moira engañadora, que mantenías tantos años al águila en el punto del Dios de los rayos, y le impedías se abalanzara contra mí, para que yo tuviera tiempo de enseñarles a los hombres las primeras artes, de encender entre ellos las primeras llamas.
Terminé ya, las encendí, y ahora, ¡bienvenido seas, águila; mi pecho descubro!
Tú aleteabas, buitre eternamente hambriento, y cuando yo te escuchaba graznar en el silencio de mi entendimiento, me incorporaba de un salto y apartaba el sueño y todas las engañosas arterias de la noche: "Tiempo no tengo!", exclamaba, y comenzaba a labrar profundamente, como la tierra, a la humanidad.
Águila, mi colaborador oculto, ahora que erguido tomó impulso el espíritu del hombre, tiempo es que descieras y perfecciones, quieras que no quieras, la liberación junto conmigo.
Para ti he nutrido mis entrañas; se fortificaron para ti. ¡Baja a beber y a comer y a abrirme camino!
(A los adolescentes que acarrear leña)
Basta; por hoy tiene nuestra señora mucho alimento para comer y ensancharse y erguirse todo el día vigilante. Tomad los cornos, que ya apunta el verdadero Dios; ya veo sus cuernos apegarse a los riscos.
¿Dónde está mi hermano para que venga y levante también sus manos al sagrado fuego?

UN JOVEN.- Padre, lo vi antes de aclarar, vestido como un cuervo, con alas pesadas, subir rápidamente hacia la cumbre, y graznaba mirando hacia el valle.
¡Alguna mala deidad lo guiaba!

PROMETEO.- No distingas dioses buenos ni malos. Todos son una cosa: fieras devoradoras de hombres.
¡Mantén en alto la llama, para que se ahuyenten!
Adelante, muchachos, tañed los cuernos; que se laven hombres y mujeres, que arrojen de sus párpados pesados toda la velluda multitud del sueño. Que puros vengan delante de la llama; hora es de que levantemos con piedad las manos a nuestra magna señora y compañera!
(Los adolescentes se van corriendo y tañen los cornos. A un mozo.)
¡Eh, no saltes muy alto, te digo; eres de arcilla, lo sabes, y te quebrarás!

EL JOVEN.- ¡No importa que me quiebre, saltaré!

PROMETEO.- ¡Salta!
Esta generación se parece mucho a su obstinado progenitor, y me gusta.
(Viene Pandora desprovista. Es hermosa y joven como en el primer día.)

95

PANDORA.- Padre que combates a los dioses, creador de los hombres, qué necesidad no tienes de abrazar a una mujer para engendrar hijos. Te compadezco y vengo asustada: ¡un pájaro negro sobre tu cabeza apareció!

PROMETEO.- ¡El de la libertad!
¡No grites, mujer. Llenaste la tierra de hijos y no tienes todavía confianza en ella! ¡De la libertad: sí; conozco su ave y de ésta reconozco las garras, el pico, las alas!

PANDORA.- Yo soy una mujer; no sé sino besar solamente, llorar y engendrar hijos sobre la tierra; pero dentro de mí el corazón lo comprende todo.
Gran hombre desdeñoso, escúchame: antes que hoy amaneciera, tu hermano saltó del lecho, como si hubiera



visto un sueño mensajero.

Se vistió con alas de pájaros que hace meses mató y arregló con maestría, para terminar la tela mágica.

Se lanzó graznando por las rocas y se precipitó hacia la cumbre.

Y un dios, la Risa, marchaba enhiesto delante suyo, ¡y yo lo escuché en la oscuridad!

PROMETEO.- ¡Deja a los dioses! ¿No habéis comprendido todavía que la tierra es nuestra y que los hombres la poseen y la laboran?

¡Deja a los dioses! Solo reía él a la aurora de hoy día, y sé cuál era su alegría.

PANDORA.- ¡Lo juró, no! Algún dios reía corriendo delante suyo. Cada mañana sube él por causa tuya y habla con el cielo y pronuncia conjuros para que baje el Dios en forma de buitre a tu cabeza.

PROMETEO.- ¡Yo he de hacer bajar al cuervo de la furia divina sobre mi cabeza! Yo, y no él, en absoluto. Porque he abierto yo solo la senda de la virtud y del honor en el mundo: ¡y justo es que yo por eso pague!

PANDORA.- Mucho desprecias la fuerza del hombre humilde y la porfía del cobarde. Con el Dios ocultamente oigo a tu hermano platicar en las tinieblas, y hoy se le desbordaba la alegría. Llegó el momento, qué aguardas: ¡antes que te mate, dale muerte tú!

PROMETEO.- ¿Al padre de tus hijos?

PANDORA.- ¡No lo necesito!

PROMETEO.- ¿Al padre de tus hijos?

PANDORA.- Sus hijos los di a luz yo; él quedó vacío, no lo necesito. Siempre amo al hombre que no tengo. No me creaste tú para dar yo razón a una potencia mejor que yo. Soy hija de la santa Noche. ¡Tómame!

PROMETEO.- ¡Oh fresco manantial del hombre, inagotable, profundo, que reflejas el rostro de cada varón que bebe!

PANDORA.- Mi destino es éste; no lo rechazo. Creía yo ser un espectro, ¿te recuerdas?, o una nada del agua, o un espíritu gracioso, intocado, lozano, que la tierra no acepta tocar. Pero yo era mujer; ¡oh dicha! Y cuando mis senos tocaron al varón maduró todo el espíritu y se hizo sólido, tierra enraizada en la tierra; y toda el alma saciada se trocó en carne.

Pero tú tomaste la otra senda; tiranizas la carne para que se vuelva espíritu. Sobrepasaste todas las hazañas.

¡Ay!, detente ya y ancla en el regazo de la mujer!

¡Tómame antes de que te cojan los conjuros y te abatas por el suelo, alcanzado por el rayo!

PROMETEO.- Tomé mujer, me basta. He abierto ya el camino de mi Moira, y vergüenza es volver atrás, y no lo quiero.

PANDORA.- ¿Tomaste mujer? ¿Cuál?

PROMETEO.- La Llama. Y basta.

Cada uno su senda, mujer, la graba o la halla grabada. Tu ruta, con espinas todas florecidas, da vuelta en torno del hogar y entra en él:

Haz hijos para que el mundo no se arruine; pon la comida al fuego; baja al telar y viste nuestra desnudez; apacigua al varón, terrible fiera, con suaves caricias, en la oscuridad.

Buenas son las alegrías y las gracias del humano y nada más elevado exijas: ¡te basta! Otros son los caminos que sigue el espíritu. Baja, y no quieras ahogar la gran espora entre tus brazos de tierra.

PANDORA.- ¡Rebelde!



PROMETEO.- ¡Para Dios!

PANDORA.- ¡Para mí! Tiempo vendrá en que te has de reconciliar con Dios, quién sabe; ¡pero yo te venceré!

PROMETEO.- ¡Haré lo que pueda para no rebajarme!

PANDORA.- Yo haré lo que pueda para que te rebajes. Te agitas indómito, inmortal; no cabes ni en el cielo ni en la tierra; y los brazos de mujer estrechos son y te ahogan. Oh, llama orgullosa: ¡yo soy la tierra y ya vendrá la inmensa noche para apagarte!

(Sale)

PROMETEO.- Puede ser, puede ser... Pero combato, y que venga o no venga la victoria no me importa; luchar erguido, y ninguna otra cosa quiero, ni he pedido a la Moira.
(Echa leña al fuego y éste se reaviva.)

Señora mía, hija y madre mía, no tengo otra compañera más que tú.

Ni deidades, ni agua, ni tierra, ni aún siquiera el entendimiento cazador pueden saciar mi anhelo: ¡sólo tú, llama mía, que combates al cielo!

(Llegan varones y mujeres y rodean el altar; cada uno trae una antorcha.)

Bienvenidos los hijos, bienvenidas las hijas de nuestra Madre Llama: comienza un nuevo día. Vuelve a nacer el mundo delante de nosotros; vuelve a llegar a la tierra la luz, retorna para traernos el deber del sagrado quehacer diario.

¡Cuerpos efímeros, hombres y mujeres, encended vuestras teas, salud!

(Todos hunden sus antorchas en el fuego y las prenden. Danzan rítmicamente en torno del ara.)

CORO DE MUJERES.- ¡Te saludamos, purísima y noble Señora, oh Llama llena de gracia, que a la tierra descendiste por nosotros!

¡Tú cantas acunando dulcemente en la noche a los hijos de los hombres!

CORO DE VARONES.- ¡Te saludamos, oh bien armada Cazadora, de saetas de oro puro, que saltas y cazas sobre los riscos y das vueltas por nuestras cabañas con una presa robusta en tus hombros!

CORO DE VARONES Y MUJERES.- ¡Saludámoste, oh Llama, conductora nuestra. Desde lo animal nos hiciste ascender al altivo luchar del humano, y desde allí nosotros, mortales, sin miedo miramos a los inmortales!

PROMETEO.- Basta. Bien está que las palabras salven nuestra alma del rugir de la fiera; pero más profundamente nos libera la acción.

Ya cesaron las lluvias; tiempo es que abramos el pecho de la tierra, para confiar la esperanza a su fresco seno. Os enseñé a labrar el suelo, a echar la semilla en los surcos, esperando con paciencia el milagro. Y cuando se cosechan las amacolladas espigas, a moler el fruto, y a hacer pan sabroso, colocando masa en la hornacina, y a comer el pan, para que dentro de vosotros, lentamente el trigo se vuelva alma inmortal y carne vigorosa.

Ya de mí no tenéis necesidad. Crecieron vuestras alas, aguiluchos míos. Dadme a mí, vuestro padre, con el pie, ¡y volad vosotros!

UN VARÓN.- ¡Que estés bien, Padre amado!

A ti te debemos el fuego y el trigo santo y el cuerpo y el alma. Llegó el tiempo de que mostremos ser verdaderamente tus hijos, abriendo amplias alas y volando lejos de ti y más alto, Padre.

UN JOVEN.- Dicen que un cuervo de garras cortantes, perro pastor del cielo, afila muchos años su pico insaciable, a fin de desgarrar tu venerado pecho. ¡Pero nosotros por ti también batallaremos con los dioses, aunque con ello nos perdamos!



PROMETEO.- Bien, bien; pero ahora obras de paz: a vosotros os bastan las fatigas de la tierra; dejad a los dioses su parte.

UN ANCIANO.- Tú nos amansaste los bueyes, y entraron —esclavos también ellos— al servicio del hombre; vamos a uncirlos, que la tierra blanda se puso con la lluvia y desea que caiga la semilla —mujer ella también— y que se adentre en su entraña para que ésta engendre.

PROMETEO.- Id con mi bendición; pero primero lanzad todos juntos vuestras teas llameantes, y que se avive la llama. ¡De igual modo estén encendidas nuestras almas, todas juntas, en la pira de la Raza!

(Arrojan al fuego las antorchas y la llama se agiganta. Todos se dispersan a sus tareas. Una niña se queda.)

UNA NIÑA.- ¡Padre mío!

PROMETEO.- ¿Qué quieres, niña ojos de corza?

LA NIÑA.- Padre, ayúdame: una pena secreta me devora y cada día, mira, me deshago. Ya no río, no canto como antes. No me encuentro bien en mi cabaña; me tiendo, contemplo las estrellas y no puedo en la noche dormir, ni puedo comer. Mi madre me da yerbas y me dice unos conjuros, mirando sobre el fuego; pero sigo sufriendo y no encuentro remedio.

PROMETEO.- *(La acaricia, sonriendo.)* Todavía me acuerdo que para las primeras lluvias al atardecer jugabas con un pequeño tronco vestido con yerbas y con flores y lo besabas; y lo ponías con suavidad en tus brazos, acunándolo, y meciendo tu cuerpecito virgen a derecha e izquierda, y reías de la cabeza a los talones.

LA NIÑA.- ¡Ay! ni en eso ahora hallo consuelo alguno, Padre; ni lo quiero; lo eché al fuego ayer por la tarde.

PROMETEO.- ¿Te duelen los pechos?

LA NIÑA.- Me duelen, Padre.

PROMETEO.- Conozco una dulce yerba. No llores, que sanarás.

LA NIÑA.- Gracias, Padre; ya se alivia mi pecho con tu palabra.

PROMETEO.- Dime, niña, la verdad: de todos nuestros bravos mozos, ¿a cuál temes tú más y de cuál huyes al verlo y cuál te hostiliza más?

LA NIÑA.- El hijo de la viuda, el rubio; si pudiera, ¡le rompería el pecho!

PROMETEO.- ¿Y él?

LA NIÑA.- ¡Me persigue para matarme!

PROMETEO.- Duerme con él, niña ojos de corza, al lado de afuera de su cabaña. No tengas miedo ni tiembles, que él quiere tu bien. Caer en sus brazos y sanar: ¡ésa es la yerba mágica! Verás, te vas a tranquilizar, y la pequeña figura que quemaste se trocará en un hijo en tu regazo, con cuerpo de hombre. Y vas a ver que será rubio y con ojos de corza.

LA NIÑA.- ¡Padre, dame tu bendición!

En verdad no sabía si quería matar al mozo o hundirme profundamente entre sus brazos, y volvernos un cuerpo los dos. Ahora, con tus palabras, Padre mío, encuentro el buen camino y lo sigo.

PROMETEO.- ¡Que sea esta noche contigo, niña mía, el fuego que quema dentro de nosotros y que, saltando de un cuerpo a otro, mantiene la estirpe inmortal de los humanos!



(Se va la joven corriendo. Prometeo aguza el oído, mirando el cielo.)

¡Siento en el aire unas alas pesadas! Percibo en mis sienes años y años tu llegada y reposo no conozco. Al comienzo como un velado aletear de un gorrioncillo de plumaje nuevo; pero continuamente se agrandaba, se hacía más bravío; se volvía un ronco palomo torcaz, un cuervo, un halcón cazador y un gavián inmenso.

Cuanto más se extendía la luz en mi entendimiento, tanto más la envidia del nuevo Dios crecía; se tornaban sus garras más feroces y sus alas dilatábanse, amarilleaban sus ojos redondos, clavándose en la tierra, envenenados. ¡Y ahora, es un águila hambrienta que grazna!

¡Ah, nuevo patrón, vergüenza para ti! También tú tomas la misma senda de los primeros, de las deidades impías, y te coge el temor de contemplar que aquí en la tierra la libertad poco a poco vaya tomando estatura. Haz lo que quieras, que yo con mis hijos defenderé la tierra cuanto pueda.

(Llega un hombre trayendo un cráneo pelado de toro.)

UN HOMBRE.- ¡Señor!

PROMETEO.- No me digas así; no soy señor. ¡Libres os plasmé, con una llama!
Di, ¿qué deseas?

EL HOMBRE.- Padre, el cráneo del toro que maté en la selva tendiendo las trampas que me mostraste, te lo he traído ahora para que me enseñes a sacar dulces sonidos para los amargados. Creo que así se aliviará mi corazón. Y como me dijiste, le pasé unas cuerdas.

PROMETEO.- ¡Momento santo, que por años he anhelado! Íntegra se corona en este instante la obra mía, ruda, severa y ya a la tierra apegada. Hasta ahora, herramientas de la paz o de la guerra con trabajo os enseñé, doblándome: cómo salvar el cuerpo débil de las fieras feroces, del hielo y la enfermedad; y no tuvimos un poco de respiro para jugar también nosotros en la yerba.

Uncidos todo el día a la pesada necesidad, no teníamos tiempo de levantar los ojos y el corazón, despreocupados. ¡Vivir! ¡Vivir, pues por doquier nos asediaba el Dios para devorarnos! Mas ahora, ¡que seas bendecido tú, corazón bravo y trabajador del hombre! ¡Sobrepasamos la necesidad y respiramos el aire libre de la belleza! Inmaculada alegría y sin ganancia palpable, nobilísimo combate. Salimos de lo animal y un nuevo sendero bañado en la luz se extiende ante nosotros, que desde lo animal a lo humano nos trae. Dimos de comer y de beber al cuerpo, y ahora

—tersa flor— subió el espíritu. También quiere él comer y también beber; ¡y es ávido, asimismo, como todos los vivientes!

EL HOMBRE.- Creo que comprendo, Padre, tus palabras. Dimos muerte al becerro y saboreamos su carne y ya se volvió sangre. Nos hartamos, se desbordó el corazón nuestro y todo lo que sobró se hizo canción.

PROMETEO.- ¡Justamente, justamente! Nuestro corazón se ha desbordado y sobrepasa el mugir de la necesidad. Hay una voz nueva dentro de nosotros: que una garganta nueva se levante y comience a cantar. ¡Que se troque en lira el cráneo del novillo!

EL HOMBRE.- El gran toro, así de este modo, íntegro va a quedar al servicio del hombre.

(Un pájaro se posa en el árbol del frente y trina como un ruiseñor. Prometeo y el hombre, sobrecogidos por la dulzura, lo escuchan largo rato. El hombre va a hablar, pero Prometeo le tapa los labios. El ave se asustó, abrió las alas y desapareció.)

PROMETEO.- ¡Bendita seas, amada garganta!
Te doy gracias, Madre Tierra, porque ahora, en este instante difícil, entraste al cuerpecillo enamorado del ave y trinando me señalaste la ruta. ¿Qué sientes en tu pecho, hijo mío?

EL HOMBRE.- ¡Un pájaro busca cantar!

PROMETEO.- ¡Llegó, hijo mío, el momento bendito!

(Toma el cráneo de toro, prueba las cuerdas y toca.)

Inclínate a ver cómo tocan los dedos, cómo combino voces altas y graves, y brota una armonía desde el hueso vacío. Apoya en el pecho la cabeza; pega el oído a tu entraña y escucha, y lo que oigas —trinos o lamentos— trata de que



salgan con arte desde lo hondo de tu pecho y que se troquen en canto.
¿Has sentido alguna vez un dolor insoportable?

EL HOMBRE.- Padre mío, la muchacha que amaba se marchó ayer con otro hombre, ¡y ha roto mi pecho de raíz!

PROMETEO.- Apropiado el momento para que aprendas armonía.

EL HOMBRE.- ¿Se aliviará, Padre, el dolor?

PROMETEO.- Todo tu dolor y el mundo entero se volverá dulce sonido. Y hasta puede cambiar y trocarse en grande dicha; y que venga el instante en que digas: «Bendita la muchacha que me abandonó, pues ha llenado de canto mi corazón.»

EL HOMBRE.- ¡No quiero!

PROMETEO.- Ya verás, hijo mío, que puede el alma del hombre sentir más profundas alegrías y mayores dulzuras, que la dulzura de la mujer y del beber y del comer.

Inclínate al pecho que sufre, ¡y canta!

(El cielo se embravece; se juntan nubes. Mudos y lejanos relámpagos.)

EL HOMBRE.- Padre, se ha cubierto la bóveda del cielo con nubarrones pesados y el sol se ocultó; y, mira, unos relámpagos rasgan la oscuridad... Como que el Dios hubiérase enojado porque sobrepasamos el dolor y lo hicimos canto.

PROMETEO.- Maldecida es la Moira del Dios. Sus ojos llenos de envidia se clavan en la tierra. Mas nosotros, con obstinación, subamos siempre el camino ascendente del hombre.

EL HOMBRE.- Padre, habla más despacio; tengo miedo. Escucha. Oigo alas en el aire.

PROMETEO.- Tiempo que yo las oigo, hijo mío. Deja a los dioses, inclínate a tu pecho, para oír tus alas interiores. Toma la lira sobre las rodillas, ¡y canta!

(El hombre toca una dulce melodía. Prometeo, sobrecogido, escucha.)

Otra recompensa no busqué ni quiero. Fue vencido lo animal, y la raíz barrosa del hombre crió una flor azulada. La fatiga muda se trocó en canción.

Necesidad, sangrienta picana del varón, ¡llegamos ya a una cima del combate!

EL HOMBRE.- Padre, una canción sube del pecho hasta mis labios y me quema.

PROMETEO.- ¡Cántala, garganta, para que te alivies! Jamás pueden los dioses alcanzar tan elevada cumbre de libertad, porque nunca han sufrido.

(El hombre toca la lira, levanta el cuello y se pone a cantar.)

EL HOMBRE.- Ah, mi corazón...

TELÓN



ACTO SEGUNDO

(Estalla un estruendo aterrador, espesas tinieblas se abaten, el lugar cambia. Entre los relámpagos distinguimos ahora un gigantesco y escarpado peñasco, y sobre él, con los brazos abiertos, Prometeo. Lo clavan dos feroces demonios: el Furor y la Fuerza.)

FUROR.- ¡Ah Maestro Primero, clavado sobre la roca llorarás y en vano tratarás de levantar las manos a los dioses, mendigando piedad! Eh Fuerza, mi fiel compañera, ¡clava profundamente tus clavos!

FUERZA.- Deja, Furor, los consejos; mi puño es un martillo y mi mandil está lleno de clavos y de cuñas. Soy la mano derecha del Dios.

FUROR.- ¿No hablas, no gimes, rebelde?

Golpea con ímpetu tu martillo, Fuerza, para oír cuando se abran sus labios y, quebrantado, lance un ¡ay! Yo soy la negra entraña del Dios, y me alivio escuchando los lamentos.

FUERZA.- Mira, golpeo y le salen chispas al monte. Sus cejas se juntaron y van a estallar todas sus venas y arterias; pero mudo se muerde los labios.

FUROR.- ¿No hablas, no gimes, para aliviarte?

Tus hombrillos te dejaron solo. ¿Qué te prometían? Levantar las manos contra los dioses enemigos y matarlos; mas en cuanto escucharon la voz tronante del nuevo Señor, se dispersaron.

FUERZA.- Los clavos, las cuñas y las cuerdas se las pasé, y todas las artes del maestro de la inteligencia no bastarán para que pueda mover el dedo más pequeño.

FUROR.- Permanece aquí, colgado entre el cielo y el ponto, en el caos azul, para que a las generaciones venideras, si vienen otras, les comuniqués cómo castiga a los rebeldes el furor terrible, centelleante y justo de nuestro nuevo Dios.
(El Furor y la Fuerza se marchan riendo. Prometeo queda solo.)

PROMETEO.- ¡Virtud, hija mía, Virtud mía, sólo a ti clamo en mi dolor, leonisia compañía en mi desierto!

Virtud, clavada en mi costado, soporta bien este momento santo; mi cara doncella, no nos cubramos de vergüenza. Otro consuelo el mundo no posee; muda, sin un gemido, permanece tú conmigo. Ni dioses ni humanos queremos como compañía, en tanto que sufrimos. Nuestra patria es la soledad y bien nos viene.

Y tú, cuerpo mío, sí, sufres, lo sé; y todavía mucho más me has de doler. Muy duro era tu destino, oh carne: eterna mente atada a un alma grande que sigue sus alas. Pero no gimas, no llores, te lo ruego: cuanto puedas, asciende, cuerpo, también tú, y vuélvete alma y vence al dolor.

Pues todo lo sabíamos y lo queríamos y aguardábamos que íntegro el mal sobre nuestra cabeza se abatiera.

Por generaciones hemos de permanecer así colgados al sol, a las lluvias, al desprecio, y los buitres han de afilar sus picos, y sierpes han de anidar en nuestra cabellera. Y si sólo aceptáramos dar un grito, ¡qué alivio sería! Más sellaremos los labios eternamente.

Y esos hombres, que plasmamos con barro y con fuego del cielo, cambiarán de camino; que no levanten los ojos y nos vean, como si fuéramos una cumbre maldecida. Y ni un alma vendrá a brindarnos una palabra buena, o a gemir suavemente, compadeciendo el gran martirio.

¡Mejor! Lo sé: éste es el camino. Sólo más allá de la cumbre del dolor y de la desesperación horrible, se encuentra la victoria.

Virtud, hija mía, es menester que subamos íntegra la subida del horror - ¡anda adelante y muéstranos la senda!

(Silencio. Se oye ruido de pasos apresurados por las piedras. Prometeo escucha.)

Se hizo más grave de repente el aire de la cima. Se acerca algún alma sombría y oigo ruido de pasos. (Aparece Epimeteo, alegre, por entre las rocas.)

EPIMETEO.- Rebelde, he aquí el trono que buscabas. He venido a ver cómo estás clavado con clavos inmortales, para tranquilizarme. No te moverás más para sublevar la tierra y el alma de los hombres. ¡Bien sujeto por cuñas estás aquí en estas piedras!



¡Eh, centauro montañés, tu destino es que tu alma se pudra y gima!

PROMETEO.- No se pudre el alma, pues es inmortal. Ni escucharán gemidos estos peñascos y, en verdad, éste es el trono que buscabas.
Te compadezco, hermano, que avergüenzas con bajos alientos el hálito gigantesco que nos confió la Moira.

EPIMETEO.- Aliento pequeño es la vida, rebelde; no lo aprendiste, mas ahora lo tendrás que aprender, clavado en el aire eternamente.

Pero yo, enraizado en esta tierra, el amor armaré de hombres y dioses, y de la Necesidad he de libar la miel. Pues también ella es dulce para el que lo sabe.

PROMETEO.- Liba cuanto quieras la miel de la Necesidad y succiona el seno de la felicidad. Pero más envidia yo a nuestro hermano Atlas, que sin pesares levanta sobre sus hombros el mundo. Sufre, pero no habla ni vacila.
Sólo una cosa te pido, hermano mío: no arrastres a los hombres a tu camino; arcilla son, y el sagrado rayo puede apagarse velozmente en el barro. Me apena que muera una llama tal.

EPIMETEO.- La llama no nació para quemar, sino para preparar la merienda, doblada en el hogar, como la buena mujer de casa.

PROMETEO.- No agaité, ¡no!, de las manos del Dios el rayo para que tú lo conviertas en buen dueño de casa. ¡Te vuelvo a invocar Virtud, toma tus armas!

EPIMETEO.- Cuanto quieras puedes invocar. Bien clavado estás y contigo también ella fue clavada. ¡La tierra es mía ahora y la llevo hacia el Dios!

PROMETEO.- Este peñasco entero habré de remover, levantar al Cáucaso cual alas; tendrás que ver, verás que iré yo a lanzar a los hombres al camino de la libertad. Sí; no te rías, que el alma es inmortal.

EPIMETEO.- Una mujer es el alma; ¡doblada sobre el pecho de su hombre, del dios macho, será vencida, dichosa y tres veces dichosa!

PROMETEO.- Póstrate muda, alma mía, virgen inmacillada y aguza en mi carne tus uñas. Miles de lunas y de soles habrán de pasar, pero en vigilia tú, de noche y día, en medio del silencio, del hambre y del anhelo, prepárate. Empuja la rueda de la Moira y vendrá el santo momento en que te precipites, alma mía, por entre la carne sabrosa del Dios.

EPIMETEO.- Pero antes, pero antes, ¡vas a morir de hambre!
Mira, ya los buitres husmearon carroña y los cuervos llegaron por los riscos pedregosos. ¡Antes de que comas, te han de comer, rebelde!

(Ríe sarcásticamente y se va)

PROMETEO.- Escucha, alma, su risa, y guarda en lo más hondo y secreto la más alta Esperanza.
¡Cuántos milagros pueden ocurrir en una cima elevada sin hombres!

(Prometeo escucha: se oye un leve pisar femenino y un jadeo.)

No quiero que nadie más se acerque. ¡Vuélvete abismo, oh desierto, y desplómalos!

(Aparece Pandora y cae llorando a los pies de Prometeo.)

PANDORA.- ¡Ay querido mío, mi gigante desdeñoso!

PROMETEO.- ¿Qué quieres, mujer, en esta soledad sagrada?
No te viene el viento de la cumbre.

PANDORA.- ¡Ay, arde mi corazón por verte! ¡Si pudiera a tus pies ensangrentados quedarme a llorar mientras viva, mas no puedo!

PROMETEO.- Ni yo lo quiero.



Respeto la soledad; sella los labios. No corresponden gemidos sobre una cima. Pasan cuervos y los dioses escuchan; soplan impetuosas ráfagas y se llevan nuestra voz. ¡No quiero que llantos se escuchen cerca de mí!

PANDORA.- ¿Ni ahora condesciendes, ¡ay!, a decir una palabra tierna, para mi consuelo? ¡Vine a mediar ante el Señor de cielo y tierra en favor tuyo!

PROMETEO.- (Riendo sarcásticamente) ¡Aquí estoy bien; no tengo aflicción alguna!

PANDORA.- Miles de años estarás aquí clavado. ¡Cuerpo también es el alma y decaerá!

PROMETEO.- No blasfemes: es fuego y asciende siempre. ¡Fuego!, y es el Dios su avivador. ¡Eh, márchate ya, para quedarme solo aquí con él!

PANDORA.- Tú siempre duro y siempre combatiendo con un enemigo grande e invisible. Y cuando te abrí estos brazos de tierra, tú pasaste sin entrar, despreciando el seno de mujer.

PROMETEO.- Ni siquiera puede contenerme el seno del inmenso cielo; ¡sólo el de mi Madre Tierra!
Apártate, dulce sombra de la carne; no des más sombra a mi entendimiento; ¡vete, para quedarme solo con el Dios!
Para eso me clavó en este peñasco; ¡para que lejos de las dichas de la tierra, secretamente los dos compitamos en bravura!

PANDORA.- ¡También yo dios! Lo siento profundamente ahora que he creado hombres con mi beso. Y no creas que es vergüenza que nosotros dos también compitamos en valor.

PROMETEO.- Justa y correcta es tu palabra, mujer; pero sendas opuestas seguimos nosotros dos: tú te gozas volviendo cuerpo tu alma, y yo de volver alma mi cuerpo, con sudor y obstinación.
Y ahora desde lo alto lo comprendo todo: sagrado y justo el camino de la mujer; ve con mi bendición a unirte a mi pacífico hermano, que siempre se acomoda y se somete a la Necesidad, y nunca dijo No a los fuertes. Tal especie de almas a las madres corresponde.

PANDORA.- Dura también es la suerte de la mujer, y no se le debe desprecio, en absoluto. Sufrimos enclavadas sobre la carne y tenemos por Cáucaso al varón; ¡y más grave es el Sí que el No!

PROMETEO.- Basta. Precioso es el tiempo sobre la alta cima, lleno está de responsabilidad. No poseo yo otra lanza con qué combatir. Sólo el tiempo me quedó; y no quiero perderlo en momentos pequeños.

PANDORA.- No es un momento pequeño; debes saber que es grande, y, además, ¡yo soy fuerte en el mundo!

PROMETEO.- Fuego y Luz y Aire y Mar, magnos elementos, compañeros míos, expulsad el aliento perfumado de la mujer.

PANDORA.- ¡Rebelde, ten mi maldición! Que nunca veas la alegría y dulzura de humano, porque desprecias el dolor de la mujer.
(Se oye un sollozo de mujer; sopla el viento impetuoso. Pandora desaparece.)

PROMETEO.- ¡Te doy gracias, brisa de las cumbres! Mujeres y alegrías y dulces pláticas soplas sin piedad y las haces desaparecer.
Magna bendición tu maldición, mujer. Nunca alegría, nunca dulzura de humano: es mi destino; y yo mismo lo he creado, ¡yo, con estas manos mías!
Mi más grande Prometeo propio lo plasmé yo soberbio, como quiero, y adelante siempre se lanza, y lo sigo con esfuerzo, para seguir sus huellas cuanto más yo pueda. ¡Y tiempo vendrá en que los dos nos volveremos uno!

(Silencio. Prometeo escucha el viento que sopla silbando. Unas piedras ruedan al abismo. El mar se levanta espumoso y se oye su rugir)

(Prometeo cierra los ojos y respira profundamente. Llegan en tres oleadas las Oceánides, de a cuatro en cada ola)



- OCEÁNIDES I.- Hermanas mías, ¿qué fuerza incontenible nos arrebató al mar, a las azules oquedades, y en ardientes abismos desolados nos arrojó?
- OCEÁNIDES II.- ¡Qué montañas, qué cumbres azotadas por el rayo; y sólo percibo al viento la respiración de algún gigante, pero mis ojos no distinguen cuerpo alguno!
- OCEÁNIDES III.- ¡Dos alas diviso, hermana mía, ruidosas, ensangrentadas, que golpean el precipicio, cual si estuvieran clavadas y quisieran volar!
- PROMETEO.- Un fresco murmullo como de mar siento a mis pies rumorear. ¡Ay, las olas golpean también mi soledad!
- OCEÁNIDES I.- Una voz escucho, hermana mía; no te vayas; algún alma grande gime aquí; apoyemos los pechos en la roca, dulce consuelo para el dolorido.
- OCEÁNIDES II.- Es la frescura nuestro deber por destino. Refresquemos al hombre que llora, llorando y gimiendo con él.
- OCEÁNIDES III.- ¡Acercáos, mis hermanas, diviso un gigante erguido, enclavado en el peñasco!
- PROMETEO.- ¡Bienvenidas las doncellas de niveos astrágalos, hijas del amado y viejo Océano! ¿Por qué habéis abandonado los muelles refugios tapizados de algas y hundís los albos pies en estos picachos aguzados?
¡Volved a la frescura del piélago! ¡Oíd, yo, Prometeo, os hablo! ¡Ay! ¡En esta cima feroz del desierto, al desierto yo clamo!
- OCEÁNIDES I.- Valeroso gigante del ingenio, tu mudo llamado descendió a las profundidades del Ponto, y al punto todas las caracolas repitieron el gran mensaje.
- OCEÁNIDES II.- Un alma de gran arboladura golpea a la luz sus alas soberbias, clavada en los despeñaderos, anhelando libertad.
- OCEÁNIDES III.- Y volamos a tus pies, gigante. ¿Ah, dínos cuál es tu delito? ¿Quién te clavó sobre el abismo?
- PROMETEO.- Altivo es el silencio y varonil cuando interroga un enemigo y amenaza; mas es bueno responder a los amigos. El nuevo Amo jactancioso con garras de hierro me ha clavado.
- OCEÁNIDES I.- ¿Qué mal le hiciste? Muy grande es tu alma; importante ha de ser también tu falta.
- PROMETEO.- ¡Muy grande, en verdad; a mi estatura!
Un mundo construyó Zeus que a mí no me gustó; y sobre él yo construí otro más justo, con amor esforzándome y con paciencia y obstinación.
- OCEÁNIDES II.- ¡Ah, qué horrible! ¿Cómo pudo intentar tu corazón competir con el Dios?
- PROMETEO.- ¡Por el gran amor!
- OCEÁNIDES III.- ¿A los hombres?
- PROMETEO.- ¡Por el gran amor a la libertad!
Mi mundo y su mundo, dos mundos, y conciliación entre ellos no veo.
Con llamaradas él dio muerte a los hombres y yo con barro y sudor y sangre y con un rayo sagrado los vuelvo a crear.
Él hizo el hambre — la honda al punto yo inventé y el arco, y saco a los hombres a cazar.
Él creó el hielo — construyo yo el fogón y levanto mi cabaña.
Eché a la tierra enfermedades — y yo me agacho y encuentro yerbas medicinales.
La muerte él nos envió — y enciendo yo en los pechos las terribles esperanzas de sobrepassarla y vencerla.
Bueyes, perros y caballos eran fieras — y yo a todos los amansé; se volvieron fieles siervos y ayudantes preciados del hombre.



Y por último — ¡alegría y libertad! - tomé el cráneo vacío del toro, armé la lira canora, ¡y al punto el dolor se trocó en dulce canto!
Puras doncellas de la mar, de mentes azulinas, bañadas en espuma, ¡he ahí mis terribles y enormes faltas!

OCEÁNIDES I.- Sobrepasaste los límites, Padre; y la Virtud, cuando acrecienta demasiado, pierde su belleza y no se distingue del pecado.

OCEÁNIDES II.- Eres un alma grande; amplia es tu inteligencia; las gracias todas te concedió la Moira. Sólo una no te otorgó: ¡la mesura! ¡Y se perderán todos tus dones!

OCEÁNIDES III.- ¿Qué esperas? ¿Y qué esperas ya en la luz? Irascible es el nuevo Señor, y lo hallaste en el furor temerario de la victoria; y su potencia es invencible.

PROMETEO.- Lozana joven de pelaguisio seno, no llores, porque nadie —has de saberlo— me puede destruir, porque guardo en mi entendimiento, y no sólo en mi entendimiento, pues no basta, en estas mis dos manos laboriosas, guardo la más grande Esperanza.

Se jacta el todopoderoso de ser el padre de la oscura Necesidad; y yo, de la Libertad; y enclavado en cimas no holladas, lleno de llagas, absolutamente solo, clamo: ¡Venceré!

OCEÁNIDES I.- ¿Qué esperas sobre el precipicio del sin esperanza?

PROMETEO.- ¡Que cree la tierra un hijo mejor que yo!

OCEÁNIDES I.- Magna maravilla el corazón, Padre mío, agua cantarina que descuidada rumorea en el desierto de la vida nuestra.

OCEÁNIDES II.- Esperanza fulgurante, te saludo; tú ¿dónde encuentras la áurea llave, señora mía, y abres furtivamente la puerta de la libertad?

OCEÁNIDES III.- Callad ya, hermanas mías. En el aire percibo unas alas aterradoras, y de improviso se oscureció el brillante sol.

PROMETEO.- ¡Bienvenidas las dos alas de la liberación! Llegó el instante terrible de mostrar, alma mía, altiva señora, tu nobleza. Doncellas cuerpos de espuma, jóvenes bondadosas, ocultos en las aguas celestes y salobres, para que vuestros virginales ojos no se aterren.

OCEÁNIDES I.- ¡Vete! me grita el cuerpo; ¿por qué te detienes? ¡Quédate! el alma me grita; ¡vergüenza es que abandones al amigo en el peligro!

OCEÁNIDES II.- Yo me voy a quedar, aunque se me despedace el corazón; ¡para ver y lanzar voces de horror, y una gota tomar de su suplicio!

OCEÁNIDES III.- ¡También yo!

OCEÁNIDES I.- ¡Y yo también, aunque perezca!

(Fuerte trueno; se abate una espesa oscuridad. Horrible graznido de águila. Entre las tinieblas se distingue el inmenso pájaro abalanzarse y hundir sus garras en el pecho de Prometeo.)

PROMETEO.- ¡Bienvenido!

OCEÁNIDES I.- No me atrevo a levantar mis ojos. Las dos alas siento brincar por sobre mí enfurecidas.

OCEÁNIDES II.- ¡Ay, saltó una gota de su sangre salada al borde de mis labios!



OCEÁNIDES III.- ¡Ay, se remece el peñasco; está gimiendo!

(Silencio. Sólo se oyen en la oscuridad alas y garras y un profundo gemido. Y de improviso, un grito desgarrado de Prometeo.)

PROMETEO.- ¡Oooh!

(Reaparece el sol. Vemos a Prometeo con el pecho desgarrado, lívido, con la cabeza inclinada.)

OCEÁNIDES I.- ¡Padre mío!

OCEÁNIDES II.- ¡Valor, Padre amado!

OCEÁNIDES III.- ¡Soporta, no dobles, Señor, la cabeza, y no cierras los grandes ojos; sostén, alma, al cuerpo atormentado!

OCEÁNIDES I.- Se ha cansado; cierra sus párpados y sus labios, y no habla; sólo una sonrisa amarga se extiende por sus rosas.

OCEÁNIDES II.- Una flauta oigo subir jugando y danzando por las rocas; y unos pies caprinos suenan sobre las rocas.

(Llega jadeante Pan con sus hijos. Lanza un grito y mira a Prometeo con compasión y temor.)

OCEÁNIDES I.- El velludo pastor de los espíritus llegó; helo aquí pálido, anhelante. Mira al gigante y suspira.

OCEÁNIDES II.- Cierra tu ancha boca, genio de labios caprinos. Se hundió el mundo dentro de él; no turbes el amargado repulso de su entendimiento.

OCEÁNIDES III.- Enhorabuena te envía la Moira; sufre un alma gigante — toca tú una dulce melodía y ahuyenta el dolor.

(Sin hablar, Pan se apoya en el peñasco y tañe suavemente el caramillo, mirando a Prometeo. De cuando en cuando enjuga sus ojos que lloran. Por largo rato se oye la flauta mágica que lo embruja todo. Como si pasaran miles de años por sobre la cabeza de Prometeo.)

OCEÁNIDES I.- Adormeció el dulce son al dolorido gigante y pasa sobre él el Tiempo Anciano, atado al caramillo. Flores primaverales lo cubrieron; veranos cual leones ígneos lo lamen rugiendo, y pesados inviernos lo aplastaron.

OCEÁNIDES II.- Pasan los años como las nubes, y los seres vivientes en generaciones como capas se apilan en el suelo, y así se agranda la corteza del mundo.

Santa ajedrea y salvia y retamo en la cabeza del gigante enraizáronse; anidan mirlos-de-las-piedras en su barba anchurosa y nevada.

106

OCEÁNIDES III.- Pero retiene entre sus dientes el alma y espera lo inesperable. Y el Tiempo, con miedo contemplándolo, se detiene. Cada día, ahíto, el buitre insaciable deja al gigante; verderones, oropéndolas, perdices, trinan en sus entrañas abiertas.

(Pan detiene su tañer. Se oye el suave sollozar de las Océánides. Prometeo agita la cabeza, como si despertara. Su barba y sus cabellos se han vuelto blanquísimos.)

PROMETEO.- ¡Bienvenida, bienvenida, bienvenida!

OCEÁNIDES I.- ¡Ay, está divagando en su sueño!

OCEÁNIDES II.- Sueña con su libertad el esclavo y la saluda en el sueño.



OCEANIDES III.- Me vienen los sollozos, hermanas mías. ¡Qué terrible, oh Dios mío, que un alma tan grande la mantengas esclavizada en el peñasco!
(Estalla en llanto.)

PROMETEO.- Oigo un llanto. ¿Quién llora a mis pies? ¿No habrán venido mis hijos a traerme un saludo de la tierra, para consuelo mío?

OCEANIDES I.- Padre, nosotras las olas, las hijas del anciano Océano, inclinadas lloramos tu dolor, besando tus pies.
PROMETEO.- Me pareció que pasaron miles de años; en una melodía lenta, veloz, temeraria, trocóse el tiempo en mi pensamiento y transcurrió.

OCEANIDES II.- Lloran, ríen, se matan, se besan. Tiempo no tienen para alzar sus ojos turbios hasta tu cumbre, oh gigante.
OCEANIDES III.- Te has quedado solo en el dolor, con los genios inmortales.

PROMETEO.- A ti entre todos los genios primero te saludo, alma mía soberbia. ¡Sé bendita, no te doblaste en el dolor! Posada en la cima de la entraña con ojos claros mirabas el cuervo, y éste comía inclinado, cual si tuviera vergüenza.

También, águila, a ti te saludo; ¡que seas asimismo bendecida, con todas tus garras!
Todas las cosas ocurrieron como lo tramó mi espíritu. En el combate oscuro y en el dolor, mientras luchaba con el Dios, mientras se esforzaba porque no se disolviera en el aire mi alma, sólo una cosa contemplaba en la noche feroz, inmóvil, todo luz: que naciera mi hijo Salvador. Y ahora, ¡he aquí que mis brazos se llenaron y en mis hondas manos paternas, sostengo el futuro como un niño!

OCEANIDES I.- ¡Padre, brillan y ríen tus ojos!

OCEANIDES II.- ¿Qué nos traes desde el abismo del dolor? Una voz oigo, diz que de infante que nace.

OCEANIDES III.- ¡Retornas como un zambullidor desde las honduras azuladas de la mar y sostienes en las manos una perla inmensa y esplendente!

PROMETEO.- A ti saludote, sol del mundo terreno. Eres bueno y maduras con paciencia a los árboles, a las orugas, a los hombres; pero a tu santo hermano invisible, el dolor—sol sin ocaso en el pecho— venero con respeto y reverencio. Él hace madurar dentro de nuestras entrañas un fruto misterioso, flamígero, lleno de esporas.

¡Bajé al abismo del dolor, y en la sagrada desesperanza, sólo plasmé yo la más grande Esperanza, no ya con barro sino con mi alma!

Ya el cuclillo ha cantado en el árbol interior de mis entrañas, y pasan golondrinas como espadas, trinando en mi entendimiento. Desde lo hondo del tiempo me yergo; llegó el instante de la primavera en mi interior. Unos casamenteros lo anuncian y ya la novia ha partido con su modesta dote: dos ánforas frescas llenas de leche.
¡Hela aquí!

(Aparece una muchacha aldeana. Su rostro es idéntico al de Pandora.)

¡Bienvenida, bienvenida, bienvenida!

ALDEANA.- ¡Abuelo! ¡Abuelo!

PROMETEO.- En sus ojos distingo tu cuerpo primaveral, todo florecido, eterno, virginal y fecundo, ¡oh Madre Tierra, que perpetuamente te renuevas!

¡Mil veces nos seas bienvenida, Pandora!

ALDEANA.- Abuelo, yo soy una sencilla aldeana, y no entiendo, perdóname, lo que dices. He subido jadeando hasta tu cumbre;



déjame reposar por un momento para que te diga por qué llegué hasta tu soledad; y te traigo un regalo, para que me perdones.

PROMETEO.- ¡Todos los dones de los dioses en tu seno y en tus caderas traes!

A los hombres los repartes, a los caminantes, y todos, suspirando dulcemente, perecen. ¡Y ahora también a ti te llega el turno, oh Zeus! También a ti te embrujó y te sumiste con alas, como abeja, en la miel mística y negra de su cuerpo salvaje. Tú eres, doncella, la niña del destino, lo sé; tú eres la Tierra entera, ¡y has vestido los valles con las flores!
¡Bienvenida, bienvenida la Esperanza, señora nuestra!

ALDEANA.- ¿Verdad? ¿Me esperabas? Lo que me dices, abuelo, no comprendo, pero tus nobles palabras afirman mi pobre entendimiento.

PROMETEO.- Se quebraron los pechos de la Tierra, envejecieron; entró el mar en tierra firme; las costas azules trasladáronse, y hasta el inmovible lucero matutino vaciló — ¡y sólo yo impasible te aguardaba!

ALDEANA.- Y vine, Abuelo, con temor a tu cumbre. En dulces noches, te veía en el sueño que me llamabas seductora y secretamente, sosteniendo un niño entre tus brazos; y yo te alargaba las manos gritando: ¡ay, dame el hijo para amamantarlo!

PROMETEO.- Miles de años que lo sostengo en mis brazos y busco un pezón; ¡dulce pecho de la Tierra, enhorabuena nos llegas!

ALDEANA.- Te prometí una cosa para que me perdonaras, y ahora, abuelo, mira, aquí te traigo la ofrenda: inclinada en nuestro hogar tallaba un olivo manso para ti y daba forma a este infante, que coloco a tus pies, para que tú me bendigas. ¡Ah, dame tu bendición, para dar a luz un hijo!

PROMETEO.- Te has sonrosado; se acrecentó tu belleza. ¡Un varón diviso en los negros iris de tus ojos!

ALDEANA.- Un hombre, un dios, esta noche me espera en la caverna profunda, al pie de la montaña. Beso tus pies y vuelvo a clamarte: ¡ah, dame tu bendición para dar a luz un hijo!

PROMETEO.- Alma mía, bien soportaste el dolor. ¡Ah, no falles ahora en la felicidad! ¿Y dónde, dime, lo conociste, muchacha?

ALDEANA.- Un día admiraba a nuestro toro que pacía correr por el prado con sus cuernos relucientes. Nos aguijaba el sol de frente, y de pronto diz que se extravió en la excesiva luz. Y cuando lancé un grito, diviso un hombre de barba azulada sobre el césped que me embrujaba quedamente. “¿Quién eres tú y para qué me quieres y por qué me arrastras?”, exclamaba yo fuera de mí, e involuntariamente me iba acercando a él con las rodillas temblorosas...

PROMETEO.- Oh tú aldeanita, salud y alegría para ti, elegida entre todas las mujeres, ¡para recibir en tus entrañas la gota del Dios y como un hijo nutrímela!

No puedo imponer mis manos sobre tu cabeza —pues el Dios las enclavó— pero desde las mismas telas del corazón de mi entraña, oh escogida, te doy mi bendición. ¡Se unen el cielo y la tierra en esta boda!

ALDEANA.- Adiós, abuelo, y si hay un hijo, un día te lo he de traer, ¡y él unos ramos de olivo apacible te traerá como corona!

(Besa los pies de Prometeo y se va, saltando, alegre, de piedra en piedra. Prometeo lanza un grito terrible de alegría.)

OCEÁNIDES I.- ¿Se acerca, Padre mío, la salvación?

PROMETEO.- Habrá una unión fructífera; cielo y tierra se van a acoplar, ¡y el hijo ha de salvarme!

OCEÁNIDES II Y III.- ¿Se acerca, Padre mío, la salvación?



PROMETEO.- Sí. Todopoderosa es el alma del humano; ¡y urde todo en su telar: dioses, mujeres, toros — con la fuerza! La salvación no llega: ¡yo la traigo!
Eh Pan, espíritu juguetón de pies de cabro, vete a la honda caverna a tocar el dulce y ardiente son del matrimonio; y fuera de ellos mismos por el vértigo del beso, que dancen los hijos tuyos con las caudas enhiestas. Y cuando escuchéis el alarido estridente de la virginidad que asesinan, en la dulce y azul oscuridad de la gruta nupcial, venid al punto, saltando por los riscos, a traerme la gran nueva, coronados con flores encarnadas. ¡Adelante, los genios, el Salvador se está sembrando!

PAN.- Un lobo velludo es mi alma, y mis gruesas y grandes raíces con ansia ordeñan a la tierra; y estas mis patas caprinas caminan y saltan y bailan, y una cabra me parece la tierra entera. Pero siento en mis iris oscuros mucha luz cuando te miro, Padre, y me palpita el corazón, como si fuera humano.
Un Salvador ansías y clamas, mas yo hallé la salvación contemplando en la noche tu cabeza que da luz, oh Padre. Grande alegría y libertad es para mí servir al rebelde Entendimiento. Adiós, voy a la gruta del destino, ¡y volveré veloz a traerte el dulce anuncio!
Eh hijos míos de himeneos furtivos, pies y pechos en fiestas engendrados, ¡levantad vuestras caudas y vamos!

(Salen brincando por las rocas Pan y sus hijos. Silban con los dedos en la boca. Toda la montaña resuena con sus silbos, sus risas y las piedras que ruedan.)

PROMETEO.- Oh infante entre mis brazos, que aún en la tierra no has aparecido, pero yo te sostengo en mis manos ensangrentadas, que no te vean los dioses invidentes y te asesinen; te sonrío y te beso, pero no des voces, ¡oh Salvador!

OCEÁNTIDES I.- ¡Ah Esperanza de cráneo de aire, que cuelgas al gusano humano unas alas para que pase el abismo!

OCEÁNTIDES II y III.- ¡Oh última amiga de ojos verdes del hombre!

TELÓN



ACTO TERCERO

VOZ DE ATENEA.- ¡Prometeo!

PROMETEO.- ¿Quién me llama? Una voz grande inmortal siento que asciende de mis entrañas.

ATENEA.- ¡Prometeo!

OCEÁNIDES I.- ¡Un alma grande, de sombra buena, se ha aproximado a nosotras!

OCEÁNIDES II.- ¡Oh, qué milagro es éste y qué contramilagro! ¡En su aliento santo respiramos, ah, todas nosotras más!

OCEÁNIDES III.- Atenea, en medio de la luz se esparcen tus miradas por las gargantas de los montes; tu porte espigado dis
tu alta frente bien armada, ¡oh mi diosa de ojos glaucos!
(Aparece Atenea.)

PROMETEO.- ¡Bienvenida nuestra señora recién nacida!
Alguna buena brisa en el Olimpo habrá soplado y cerca de mí te trajo; ¿pero cómo te dejó venir el nuevo Am

ATENEA.- ¡Enhorabuena te encuentro, oh Entendimiento, gran gavián!
Amor llaman al aura que sopló suavemente en mi espíritu y me trae.

PROMETEO.- ¿Amor?

ATENEA.- ¡No te enojés, mi gigante! No soy mensajera del cielo. Partí por propia voluntad, y llego aquí al Olimpo tuy
peñasco salvaje.
Mira, me sentaré a tu lado tranquilamente y en la soledad cambiaremos dos palabras, sobre dioses y humanos,
penas y esperanzas.
Propicio es el aire de la cumbre para los grandes pensamientos, tú lo sabes.

PROMETEO.- Alma señora, mi fiel sostén, oh cuerpo misterioso de luz de la llama, a menudo en mi gran soledad clamé
mientras sufría: ¡Hija mía!
No muevas la bella y grave cabeza: guardan tu nacimiento en secreto, diosa mía, pero yo voy a manifestar lo c
Una mañana, hija mía, el nuevo Amo, furioso porque mi espíritu no se doblegaba, su rayo me arrojó, y se ro
medio a medio en dos mi frente; y vibraste a la luz, Atenea, toda armada.
Estaba amaneciendo. Caminaste saltando por estos riscos picudos, y de improviso subiste al firmamento azu

ATENEA.- También yo clamo a menudo a ti: ¡Padre! Y me avergüenzo de permanecer tranquila en el Olimpo, dichosa y s
y sentir cómo gimes tú en la tierra.

PROMETEO.- Ven y gime tú conmigo.

ATENEA.- Ven tú a nuestro Olimpo; desde lo alto pasearás por el mundo, feliz.

PROMETEO.- ¿Y ya no habré de combatir? ¿Y ya no incitaré a mi espíritu a subir más alto?

ATENEA.- ¿Adónde ir? ¡Has llegado a todas partes ya!

PROMETEO.- ¿No podré, pues, con mi llanto terrible, con obstinación, con ira y con orgullo, plasmar siempre nuevas y te
esperanzas?

ATENEA.- Ninguna necesidad existe ya, pues se habrán vuelto sólidos cuerpos tus más grandes esperanzas. Solamente
desdichados esperan.



PROMETEO.- ¡No! Aquí, sobre la Madre Tierra, voy a permanecer.
Buena o mala, ésta es mi era; las piedras son mis prados y las muchas amarguras y las pocas alegrías, y el gran sudor que engendra mi libertad.
Porfirógénito rey es el Dios, mas yo trato de ganar mi propio reino con combate indomable.
¡A vosotros hombres, mis hijos de arcilla, no, no os dejaré en la tierra huérfanos!

ATENEA.- Oh venerando Padre, escúchame:
Incógnitos, en forma de grandes ciervos, con el Dios del primer trono, por el mundo paseábamos un atardecer tranquilamente. Los hombrecillos de barro desde la campiña regresaban contentos, con los bueyes libres del yugo, y detrás corrían sus fieles perros, jadeantes.
Y desde las cabañas ascendía el humo al crepúsculo azul, y cocinaban acuclilladas junto al fuego las mujeres: dulce paga del día la cena.
Mozas y muchachos se paseaban por la orilla del río, reían, juntaban flores y se las ponían en el pelo. Y pálida y tranquila, destilando miel, apareció la luna llena.
Y se volvió el primer Dios y me dice: ¡“Qué maravilla es ésta, cómo ha cambiado el mundo! ¡Cómo amansaron a las fieras, cómo sembraron la tierra y la hicieron dar fruto, y cómo con herramientas han acrecentado sus energías!
¡Domeñaron hasta el mar; ¡mira cómo navega ese barco en el agua!”
“Señor de los dioses —le respondo— ¡bendito el espíritu de Prometeo!” Suspira suavemente el dueño del rayo:
“Mucho lo amaba, al rebelde, mas era menester que aprendieran los genios para siempre que el orden en la tierra se afirmó. Empero si lo ves, salúdalo de mi parte con dulzura.” Dijo, y se nublaron sus ojos débilmente.

OCEANIDES I.- ¡Que alegría, mi gran mártir; extiende primero el Dios su mano!

OCEANIDES II.- Bello y altivo en extremo es el No, pero cuando permanece mucho tiempo a los soles, a las lluvias y a la oscuridad, se troca en Sí, madurando de a poco.

OCEANIDES III.- ¡Extiende también tu mano y que se una Cielo y Tierra, la pareja veneranda!

PROMETEO.- Miel dulcísima mana de tu voz, muy bellas tus palabras, mi Atenea; y seducirían a un espíritu que supiera olvidar.
¡Pero yo estoy clavado en el monte abisal y bañado por el sol de la Memoria!
No olvido yo la injusticia, la inclemencia, el horror, los rayos y las carcajadas del Amo y los terrores de la madre Tierra.
No aceptes, alma mía, doblegarte y beber del agua del Olvido.

ATENEA.- ¡Amplía, Padre, tu espíritu feroz! Tú guardas la Libertad en tus entrañas; y guarda el Dios la ley que crea al mundo; unid a la gran pareja; ¡y nuestra alma dos alas hallará para volar! ¡Que Cielo y Tierra, Padre mío, vuelvan a amarse!

PROMETEO.- ¡Aún humea la tierra calcinada por los rayos!

ATENEA.- Se ha serenado el firmamento y el sol salió; se cubrió el suelo con yerbaje verde; ¡y con igual yerba sea cubierta la Memoria!

PROMETEO.- No es la Memoria tierra para enyerbarse. ¡Es una llama enhiesta y no cría corteza!
Yo recuerdo; no perdono. No tiendo mi mano a su mano asesina. No ha menester la tierra de deidades.

ATENEA.- ¡En tus entrañas, Padre, sientes un alma que pueda levantar la vista a la Moira cegadora sin cegarse?

PROMETEO.- Como si tuviera mil almas, hija mía, o una piedra aguzada en el pecho: ¡habla con libertad y sin cuidado!

ATENEA.- Abre tus ojos, Padre, y mira: en un relámpago reúno yo los siglos. Por amor tuyo descubro la sagrada trampa, que guarda aprisionados a los infantes no nacidos, y los subo a la luz. ¡Mantén abiertos los ojos, oh Padre, para que no te atemorices!



PROMETEO.- ¿Amenazas mis ojos?

¡Han visto lo más horrible y no temblaron!

ATENEA.- Cosas todavía más horribles, insoportables, has de contemplar. Contén el dolor, altivo y elevado. Has de ver en profecía cómo se agitan lentamente en los honduras del tiempo los nietos y los débiles biznietos del humano.

(Atenea mueve la mano bruscamente como si apartara una cortina. Vemos ahora: la Acrópolis, el viejo Partenón de madera, abajo, Atenas. Más allá, el mar de Salamina, lleno de trirremes con velas desplegadas. Aparecen unos heraldos en las gradas del Partenón; tocan las trompetas de guerra. Suben a la carrera de toda Atenas ciudadanos armados, que brillan en sus armamentos de bronce. Dos personas, un hombre y una mujer, los jefes, levantan la estatua de madera de Prometeo sobre sus brazos. Rompe el peán:

*"¡Oh hijos de los Helenos, adelante!
liberad la tierra de la patria;
liberad las cunas, las tumbas,
¡liberad de las manos de los bárbaros
al gran Dios de nuestros padres!"*)

(Todos golpean con sus picas los broqueles de bronce. Los dos jefes, el hombre y la mujer, alzan la mano y gritan: "¡Adelante, hijos de los Helenos!")

PROMETEO.- ¡Grande dicha y consuelo es éste! ¡Siguen el camino que yo abrí para ellos, Atenea! Por libertad también ellos combaten en la tierra ¡y también yo he de levantarme para luchar!

ATENEA.- Junto con ellos también combates tú, conductor de la estirpe de arcilla de los hombres. Junto con ellos - ¿no lo percibes? ¿No distingues al dios guerrero que llevan erguido en su interior?

Eres tú, mira, tallado en la madera, y cual una deidad sus fuerzas excitas.

Y mira a la altiva pareja, a los jefes, que te llevan y corren rugiendo por el valle como leones: ¡tu hija, ¡hijo son!

PROMETEO.- ¿Mi hija y mi hijo?

ATENEA.- Estas manos los plasmaron con rayo y con barro; y marchan adelante por la tierra y abren el camino.

PROMETEO.- ¿Y detrás el pueblo abigarrado?

ATENEA.- La multitud, la multitud de arcilla de los hombres, criaturas del abrazo del hombre y la mujer.

(Un valle, orillas del mar. Helenos y bárbaros chocan. La estatua del dios cobra vida de repente, se agiganta, es exactamente igual a Prometeo. Se abalanza con la pica, lanza un grito feroz; los bárbaros se aterrorizan y huyen pisándose los talones. Grito de triunfo: "¡Vencimos!")

PROMETEO.- *(Grita también él exaltado.)* ¡Vencimos, vencimos, Atenea!

ATENEA.- ¿Lloras, Padre?

PROMETEO.- ¡Alegría, inmensa alegría!

¡Descendí y luché, Atenea mía, y de nuevo sentí en las plantas desnudas la tierra tibia y amada!
¡Vencimos, vencimos, Atenea!

ATENEA.- ¡Bendito seas, Padre; hemos vencido!

Pero contén ya los latidos de tu corazón, para que oigamos la canción de la victoria.

Escucha a los nietos, los biznietos, cómo cantan con orgullo, mientras retornan a la ciudadela feliz de la libertad, las almas, los cuerpos y las lanzas en alto. ¡Vencieron!, expulsan y atemorizan a la misma Victoria todopoderosa.

PROMETEO.- ¿A Nike misma?



ATENEA.- Le insuflaste tu aliento en sus pechos, oh gigante, y he aquí ahora que tomaron impulso y arrastran, atada y como esclava, a Nike, con sus pies desnudos.

PROMETEO.- ¡Calla, Atenea, para escuchar el canto!
(Se oye a la multitud que canta alegre, golpeando los escudos:

“¡Ha vencido el Dios de los Helenos!
¡Tus magnas alas, oh Nike,
los hijos de los Helenos cortarán,
y cual frontis de mármol quedarás
en el templo del Dios para siempre!”)

PROMETEO.- ¡Para siempre!
¡Me gusta la palabra temeraria!
¡Salud y dicha a vosotros, pechos de los Helenos; acercaos: yo llamo, Prometeo!
(Poco a poco las voces se alejan. La visión se debilita y desaparece. El vocerío se percibe ya muy lejano, como zumbido de abejas.)

PROMETEO.- ¡No os vayáis, no es marchéis! Deteneos!
¡Ay, se deshojó en el viento y tiembla la flor más espléndida del sagrado tiempo! ¡Ah, Atenea, no la dejes caer!

ATENEA.- ¡Ni el Dios puede retenerla!

PROMETEO.- ¡Ni el Dios?

ATENEA.- ¡Nadie, gigante mío!

PROMETEO.- ¿No es acaso todopoderoso?

ATENEA.- ¡Mantén los labios sellados, oh Padre, y no preguntes!
Se marchitó la flor y va a caer; pasa el tiempo, se dobla y se evapora, junto con él, el pequeño aliento del humano. Ya no puede su entraña florecer: sin flor, sin el Dios, ¡mira qué llega a volverse la estirpe de los hombres! Espectros aterradores ascienden por la entraña envejecida y arruinada del tiempo. Padre mártir de los hombres, ¡perdóname porque rompo tu corazón!
¡Calla! Abre los ojos, los oídos; ¡sostén con firmeza tu entendimiento para que no se extravíe!

OCEANIDES I.- Virtud cumbreña, mantén tu mirada bien abierta y no tiembles.
¡Terrible es abrir las entrañas de la noche y tocar lo no nacido!

OCEANIDES II.- ¡Ah, brotan voces de la tierra!

OCEANIDES III.- ¡Ay, cómo se rasga la entraña de la tierra!
(Atenea agita de nuevo la mano como si abriera una cortina: Una marcha del hambre; hombres, mujeres, niños esqueléticos pasan por las calles de una gran ciudad. Gritan y aúllan.)

VOCES.- ¡Tenemos hambre, tenemos hambre!

OCEANIDES I.- Se me inundaron los ojos, hermanas mías; ¡divisé al Hambre, la sin pezones, asesinar los cuerpos y las almas!

OCEANIDES II.- Y los hartados ríen y se burlan y alzan impúdicos sus testas: ¡montañas son sus bienes y su trigo!

OCEANIDES III.- Y una madre apretó a su infante desfallecido contra su pecho y gimió: ¡ni leche, ni una lágrima tiene!

PROMETEO.- Tengo hambre, tengo hambre... Se partieron mis entrañas. ¡Mueren los niños por miles y miles, colgados en retahíla de mi entraña!



ATENEA.- Mantén abiertos los ojos, Padre. ¡Resiste, cuerpo, y sigue al alma mía!

PROMETEO.- Oigo voces roncadas, y sus ojos se enrojecieron, señora, y destilan sangre. Sus labios se retuercen y echan espasmos y unos alaridos lúgubres, feroces, percibo; pero no puedo distinguir un habla humana, firme.

ATENEA.- Escucha: ¡llaman al Hijo del Hambre!

PROMETEO.- ¿El Hijo del Hambre?

ATENEA.- No grites, ¡escucha!

VOCES.- ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!

(Visión de una guerra: ejércitos luchan encarnizadamente; ciudades humean en ruinas; se amontonan cadáveres en las calles; multitudes de hombres matan y son muertos. Gran estruendo.)

OCEÁNIDES I.- ¡Ay, divisó unas fieras que aullan; se hendió la corteza de los hombres; saltaron zorros, leopardos, lobos!

OCEÁNIDES II.- ¿Dónde está el entendimiento, el noble altivo, y el corazón, nuestra dulce señora?
¡Los Titanes ciegos vuelven a salir!

OCEÁNIDES III.- ¡Cubriéndoos los ojos con la mano y enrojeciendo, huisteis de la tierra, oh humanidad y virtud, avergonzados!

PROMETEO.- ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

ATENEA.- Perdóname, Padre, pero me era menester —rasgando el aire proféticamente— en lo que dura un relámpago, mostrar cómo ha decaído el corazón y el entendimiento de los hombres.

PROMETEO.- ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

(En tres torrentes humanos, se precipitan unos tras otros los inválidos.)

ATENEA.- ¡La guerra, la guerra los cegó!

(Rugido de los ciegos, como un eco: "¡Nos cegó!". Pasa un segundo batallón de cojos y mancos.)

ATENEA.- ¡La guerra los hizo inválidos!

(Rugido como eco: "¡Nos hizo inválidos!". Pasa un batallón de dementes.)

ATENEA.- ¡La guerra los enloqueció!

(Rugido como un eco: "¡Nos enloqueció!".)

PROMETEO.- ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

(Toda la visión desaparece. Prometeo cierra los ojos suspirando gravemente.)

114

OCEÁNIDES I.- Dios mío, ¡que el futuro no deseado permanezca en las oscuras y no desplegadas telas del corazón del Tiempo!
¡Se cegaron los ojos al ver nacido lo no nacido.

OCEÁNIDES II.- ¡Terrible, pútrida, con grande esquila, se arrastra por el suelo y da a luz y nace a la vez la Maldición!
¿Por qué gimes? ¡Golpea tu cabeza indomeñable!

OCEÁNIDES III.- Con un solo buey no puede haber labranza; yerma está la tierra de huesos de roca, y el Dios, miralo, inclínate
cérviz. ¡Enyugaos vosotros dos, oh gigante, para domar a los indomables!

PROMETEO.- ¡No!

ATENEA.- Padre mío...



PROMETEO.- ¡No!

ATENEA.- ¿Por qué gritas?

PROMETEO.- ¡No debe ser, no quiero, no dejaré que la tierra decaiga!
¿Qué fue de mis hijos y mis nietos, los hijos del rayo?

ATENEA.- Padre, haz piedra tu corazón... ¡Ay, los mataron..!

PROMETEO.- ¡Oooh!

ATENEA.- Ya desapareció del mundo tu raza; desde lo hondo de la tierra desarraigaron la espora...

PROMETEO.- ¿A los hijos del rayo? ¿A mis hijos? ¿Quiénes les dieron muerte? ¿Quiénes pudieron —di— apagar a las almas creadas con el rayo?

ATENEA.- Los hijos de la mujer, las almas de la carne. Se levantaron las multitudes irritadas; se cansaron de subir; se asustaron de ver el rostro de la virtud; y enfurecidos se precipitaron sobre tus hijos. A unos los quemaron vivos; a otros con furia lapidaron y mataron; a otros en maderos cruzados los crucificaron; y a otros los abandonaron en el desprecio y la soledad, y murieron de hambre. La simiente que en el barro sembraste, el rayo, ha desaparecido, ¡oh, Padre!

PROMETEO.- ¡Basta!

ATENEA, hija mía, te doy gracias porque me abriste la entraña de la Noche, la vieja mujer del Tiempo. ¡Necesario me era ver y decidir!
Vi y no me cegué; los ojos se aclararon, se hicieron más potentes, y ven, dobles y triples, los andamios del mundo. Pero una sola cosa no comprendo, mi Atenea...

ATENEA.- Pregunta. Has ascendido hasta la cumbre del dolor y digno eres de escuchar y de preguntarlo todo.

PROMETEO.- ¿Por qué, Atenea, por qué tiene que perderse tanto sudor y tanto sufrimiento en el mundo?

ATENEA.- Oh gigante, oh Padre mío; sus almas comieron y bebieron, se trocaron íntegras en carne; y no podían ya contemplar ante ellas a su gran Sueño, a Dios...

PROMETEO.- ¿Su gran Sueño...?

ATENEA.- Para que las empuje por la difícil subida de la salvación; pero hacia atrás, he aquí que vuelven a caer en el barro.

PROMETEO.- ¿El gran Sueño, el Dios? Palabra muy grande has pronunciado, Atenea, ¡y mi entendimiento no puede abarcarla y se va a romper!
¿El gran Sueño, el Dios, hija mía?

ATENEA.- Te amé y te amo, Padre, yo más que todos los dioses. ¡Abre ya tu entendimiento, para que mi voz penetre!

PROMETEO.- Abro mi entendimiento ávido; lo abro; no lo compadezcas; ¡habla!

ATENEA.- ¿Cómo decirlo, Padre mío? ¡Grave es sin duda! Sueña el alma en la tierra y se forja un Dios mejor que ella y lo coloca en el despeñadero del abismo, y se esfuerza, con dolor y con ansia, por asemejarsele...

PROMETEO.- Conozco este camino, no me asustas. De igual manera, plasmé yo a uno mejor sobre el abismo, ¡a Prometeo!

ATENEA.- Lo sé, y por eso tiendo mi mano a tu entraña y busco tocar al más grande Prometeo; con él hablo, solamente en él



espero. Y escucha la palabra que voy a decir, oh Padre:
Vergüenza es, vergüenza grande que combatas con tu efímero sueño, con el Dios, tu desolado compañero. ¡Arroja
te atreves, más allá tu mirada!

PROMETEO.- ¿Más allá del mismo Dios? ¡No comprendo!

ATENEA.- La cadena de tu esclavitud, debes saberlo, no la sostiene el Dios, no es el Señor el que la guarda; y no has de gu
la libertad, —no tiembles—, aunque al Dios al Tártaro lo arrojes.
¡En otra parte está el amo, en otra parte, oh Padre!

PROMETEO.- ¿En otra parte está el amo? ¿Cuál? ¡Háblame claro!
¿Más abajo o más elevado que el Dios? ¡Dime!

ATENEA.- ¡Por doquier! Tanto en la gota de rocío como en el cerebro luminoso de Zeus. Y este mensaje te envía, oh Padre
eslabón de la cadena irrompible —ah, ¡mira el anillo sin temblar!
(Atenea saca de su pecho un grueso anillo de hierro y lo pasa por el dedo de Prometeo.)

¡Oh, no agites la cabeza con ferocidad; un saludo callando, te lo envía, ay, la ciega, muda y sorda tejedora —tu
prometida!

PROMETEO.- ¡A mí!

ATENEA.- ¡Calla!

Este es mi secreto más terrible; con temor lo guarda el Dios en sus entrañas. Padre, te lo confío; escúchame...

PROMETEO.- ¿Qué secreto? ¡Tus labios palidieron!

ATENEA.- (Con voz baja, llena de miedo.) ¡Un pesado anillo igual a éste lleva también Zeus!

PROMETEO.- ¿Un anillo semejante lleva también Zeus? ¿Esclavos los dos entonces? ¿Y nuestros dos toros feroces unci
mismo yugo sin esperanza?

¡Oh desdichado y grande hermano mío, oh Zeus! Coronados los dos con cuernos áureos, somos reses para el
sacrificio y rumiando nuestras horribles llagas —¡amargo consuelo!
Virgen terrible, dime la verdad, ¿cómo se llama?

ATENEA.- ¡Mis labios se entorpecen, se traba mi lengua; y no puedo, Padre, articular ese terrible nombre!

PROMETEO.- ¿La Moira?

(Atenea inclina la cabeza, estremeciéndose.)

PROMETEO.- ¿La Moira?

ATENEA.- ¡Calla!

Prometeo.- ¡No callo!

¡Cuando el toro cae en una trampa invisible, sofocado, envuelto del todo, muge!
¡La Moira! ¡De dónde cogirme y dónde arrojar la cabeza para que se despedace!
¡Me sofoco; no puedo más, voy a morir!

ATENEA.- ¡Calla, que no existe salvación!

¡Nadie puede ver de frente el gran secreto sin ser cegado!

PROMETEO.- ¿Nadie?

Grande es el peligro, vamos a perdernos; ya estamos perdidos, alma mía, y engendra, si puedes, uno mejor que



ATENEA.- Padre, inclina la cabeza y calla. Ni el Dios se atreve a mirarla; ni siquiera a pensar en ella; ¡vacila su entendimiento!
PROMETEO.- La Tierra, esta Tierra malhadada, este suelo, creará también los ojos que puedan mirar fijo y de frente a la Moira, sin enceguerse.
Oh Madre Tierra, ¿me oyes? ¡No me dejes en vergüenza!

ATENEA.- ¡Di, Padre, el Sí, y no des voces!

OCEÁNIDES I.- Yo uno también las manos, gigante mío. ¡Ay, di el Sí; vergüenza, lo sabes, no es!

OCEÁNIDES II.- Se volvió a derrumbar en las honduras del entendimiento. ¡Calla, hermana, que su mirada se extravía!

OCEÁNIDES III.- ¡Ay, pálido se desmaya y desfallece!

ATENEA.- No le habléis. Dejadlo solo, señoras de la mar susurrante. Grave es el momento en que el alma, en el abismo del dolor, debe ver y una decisión tomar.

Grave es el instante: el Sí y el No se golpean y golpean con ímpetu en su pecho obstinado para reconciliarse.
(Las Oceanídes se aproximan y clavan los ojos en Prometeo con angustia. Él, con los ojos cerrados, suspira. Se percibe que hay una lucha terrible en su interior. Se oye el gemido del mar.)

OCEÁNIDES I.- Mira, diosa, cómo ha abierto los ojos desmesuradamente, y cómo de improviso sus cabellos se han revuelto, diz que los azotara marítimo vendaval.

OCEÁNIDES II.- ¡No! Mar yo no veo. ¡Sólo da voces su alma, alegres, desgarradoras, cual la mujer que da a luz!

OCEÁNIDES III.- Rompe el aire, al oriente y al poniente, una suave voz de recién nacido. ¡Y el gigante —míralo— oye y se incorpora al punto!

ATENEA.- Callad, que su espíritu se ha desasido de la magna visión y vuelve a entrar en su cuerpo colgado del monte. Sonríe, sus ojos se mueven. Contened el aliento, para que oigamos la palabra grande que nos trae desde las profundidades del corazón y del dolor.

PROMETEO.- (Despertando desde un hondo abismo.)

¡Te doy gracias, mi Atenea, hija del relámpago, hija del cerebro, la de grandes ojos!

Destruiste sin piedad el alma mía en la noche que-crea-los-mundos, y desde allí, combatiendo, ascendió, llevando en los brazos a su hijo.

(Calla un momento. De súbito, lanza un gran grito.) ¡Obrero soy, obrero, y laboro colgado en el abismo de la Moira!

ATENEA.- Obrero eres, gigante, lo sé; también yo soy obrera. Confiésame ¿qué magno secreto nos traes desde las honduras de tu pecho quemado-por-los-astros?

PROMETEO.- Hija pequeña del relámpago y del cerebro, de pechos virginales, un gran secreto guardo; inclínate, baja tu inmortal cabeza: Hermoso está el día, inundado de sol; una oculta primavera traen las golondrinas en sus alas —nunca tal florecer hemos de gozar nosotros, Atenea. Apropiado el instante para que oigas el secreto: ¡Ha llegado!

ATENEA.- ¿Quién?

PROMETEO.- ¡No te entristezcas, mi Atenea! Si alguna vez dejamos el Olimpo, nosotros con cánticos nupciales te traeremos a la tierra como novia; y el más espléndido hijo de un hombre será tu esposo!
¡Ha llegado: helo aquí!

ATENEA.- ¿Quién? ¡No veo a nadie!



PROMETEO.- ¡Eres una diosa y dónde ver! No aceptas, señora mía, esperanza alguna; se hartó tu corazón de todo bien. Mas de las entrañas salvajes del hambriento, desde el ansia pesada del dolor, ha llegado: ¡helo aquí!

ATENEA.- ¿Quién?

PROMETEO.- ¡El Salvador!

Su voz de niño he escuchado en mi sueño, rompiendo mis dos albas sienes, por oriente y occidente.

ATENEA.- ¿Qué Salvador?

¿Y cómo nos va a salvar?

PROMETEO.- ¡Mirando de frente a la Moira!

ATENEA.- ¡Mirando de frente a la Moira! ¡Ni Dios puede mirarla!

PROMETEO.- El Salvador lo puede, y no te asustes. Lo puede, y esa es la salvación que él trae.

Se sumió en mis entrañas, lo he visto; partió, cruza las doce constelaciones y llega aquí a nuestra tierra.

ATENEA.- ¿Más fuerte es él que nuestros dioses; más temerario es él que los Titanes?

PROMETEO.- Titanes y deidades son peldaños. ¡Pisa, alma mía, sin miedo y asciende a tu hijo entre los brazos!

(En ese momento aparecen Pan y sus hijos; llevan coronas de flores encarnadas. Pan toca un baile de bodas vivo y sus hijos danzan entre chillidos. Prometeo los ve, sonríe y cierra los ojos, contento y agotado. Atenea desaparece lanzando un grito como de lechuza. Una gran sombra de cabeza de león cruza por los peñascos.)

OCEÁNIDES I.- ¡Una sombra terrible y presurosa de cabeza de león por las rocas escarpadas atraviesa y cubre nuestra vista!

OCEÁNIDES II.- ¡Y una saeta zumbante se escucha, y un buitre de alas agudas, mirad, cae a los pies del gigante!

OCEÁNIDES III.- ¡Ah, Salvador recién nacido, rozando las altas cumbres, agitas con júbilo el éter!

TELÓN







La traducción de *Prometeo* es una entre
obras que el profesor Miguel Castillo
realizado en el marco de la literatura
A la obra de Kazantzakis se sus
traducciones de Kavafis, Elitis, Seferis
Pero su interés humanístico no termina
publicado obras en torno a Francisco de
su vida, su pensamiento y su relación
mundo griego. En el ámbito de la ma
destacan sus estudios sobre el órgano.
señor Castillo Didier uno de los pocos in
en este instrumento que existen en nues

Boletín del
Instituto Nacional